

EL BALUARTE

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 78

Sevilla—Sábado 5 de Abril de 1902

AÑO XXVI

Los jesuitas

Jesuita quiere decir tanto como cizaña en campo de trigo; engendro de vicio y de malas pasiones; enemigo jurado del amor de la familia, de la Patria, de la sociedad; algo deletéreo repartido por el mundo para infestar y prostituir la idea, y para dominar al hombre haciéndole esclavo de la infame secta que no ama a la mujer ni con el amor ideal y puro del sentimiento que nos inclina por su naturaleza al sexo femenino, ni aun con la pasión de la carne.

Busca y conquista a la mujer para explotarla, sin pararse en los medios para desviarla de la familia, é influyendo en ella un sentimiento y una pasión mística que la conduce a menospreciar el reposo y a abandonar a su prole. Pero el jesuita tiene amores, sacia sus pasiones bestiales, satisface sus apetitos y rinde culto a la carne, humillándose ante el protegido, adorando al favorito que le acompaña a todas partes, y comparte el talamo en nido de brutal placer que ya condenó ese Dios que invoca cuando decretó y ejecutó la destrucción de Sodoma.

Los hay también solitarios. Tanto los solitarios como apareados: los veréis siempre condenar todo sentimiento honrado, maldecir del amor humano y mundano, preconizando el amor divino antinatural y repugnante, condenado por las mismas leyes en que se informa el principio de la prolongación de los seres en los semos de la naturaleza que necesitan el concurso, el ayuntamiento de dos seres de diferente sexo para la reproducción.

Pero el mundo es solo materia de explotación, y ni aprecia la virtud que desconoce, ni practica la moral social y humana que condena, cierra el paso al progreso, que maldice como su mayor enemigo; prescinde de su personalidad misma, no siendo más que un número en la orden, cuyos preceptos, cánones y disposiciones, son la única ley á que tiene que obedecer y rendir culto.

Es esclavo de sí mismo y de su instituto: con la esclavitud del provecho material, pero sin gozar de los bienes morales que no conoce y á los que no tiene derecho á aspirar, porque su estatuto los prohíbe.

No comprendemos los miedos y las vacilaciones de los gobiernos para la destrucción de esta plaga social, que causa más víctimas que las invasiones epidémicas que ya la ciencia ha dominado.

¿Es que pueden existir ciertas complicidades cuando tan grande es la resistencia para destruir á este enemigo de todos?

Así nos parece á nosotros, porque el jesuita no tiene poder ninguno; ni levanta legiones, ni arma ejércitos, ni dispone de fuerzas: es cobarde, y sus armas son las de la traición y las del engaño, la reducción de incautos y el trabajo arduo y disimulado; pero no puede nada, no es nada, no representa nada, y para destruirle y anularle, no hace falta más que querer, como quisieron los reyes y los gobiernos, como quiso y realizó Carlos III, Borbón y Borbón católico, á machamartillo, aunque le falte algo.

No pisó la cabeza de la víbora, y se reprodujo, y ahora infecta nuestras grandes ciudades, y acapara los tesoros de nuestra patria, é impuso con imperio absoluto en el hogar, porque se ha hecho dueño de la mujer y porque el hombre le obliga á mal contenido disimulo para evitar disgustos en el hogar.

Esta es su fuerza y contra este fuertesí no se levantan las medidas legislativas del estadista, habrán de alzarse los furios apasionados del revolucionario, que se verá precisado á apelar á todos los conjuros de la fuerza, para aplicar el castigo, destruyendo la cizaña y librando á la sociedad y al Estado español de esa yerba nociva que destruye nuestras cosechas y esteriliza todos los esfuerzos consagrados al bienestar y á la prosperidad de España, juntamente con la moral de los pueblos y con la tranquilidad de las familias deberes supremos de pueblos y gobiernos.

A. A.

La evolución de la gloria

Se multiplican las estatuas y los mausoleos, los monumentos y los cuadros conmemorativos, las condecoraciones y las alabanzas. Se suceden sin intervalos las veladas onomásticas. Cada periódico es un himno al héroe del día.

No salimos de casa sin encontrar modificado en obsequio de alguien el nombre de una calle. Nuestros propios nombres, Pepro, Juan, Antonio, son los de grandes muertos.

Vivimos en pleno culto de los héroes, y como su existencia no tiene más objeto de que la producción de nuevos hombres superiores, las gentes se unen para honrarlos, con la esperanza de ser honrada á su vez mañana.

El deseo de gloria, llámese honor, llámese vanidad, es el estímulo más fecundo de las almas humanas, de las mejores cuando menos.

No ha sido siempre así. Era en otro tiempo tan difícil la conquista de la gloria, que parecía locura perseguirla.

El ideal del sabio consistió en retirarse del mundanal ruido para vivir oscura vida, ni envidiado ni envidioso. Le ridiculizaba el afán de nombradía. Siempre la humanidad, como la zorra de la fábula, ha tendido á ridiculizar lo inasequible.

Lo perfecto era comer, dormir y soportar resignadamente los dolores naturales de la vida, sin echarse á buscar otros nuevos. Sólo una gloria merecía respeto: la del poder, la de la autoridad, la de la fuerza. Era en verdad la única que solía llegar á las aisladas casas de nuestros antecesores.

Hoy se ha roto el aislamiento antiguo. Llegan á los hogares los periódicos y destierran las preocupaciones personales. Ya no se piensa tanto en uno mismo, y sí más en lo común. Pero lo común, aquello de que hablan los periódicos, más son las personas que las cosas.

Se escribe más acerca de los políticos, los artistas, los sabios y los filántropos, que de la política, el arte, la ciencia y la filantropía. Los ridiculizados se han impuesto. Los periódicos son bombas impelentes, que, puestas en las plazas públicas, arrancan á las gentes de sus casas.

Aún protesta el hogar contra esta extensión indefinida de la calle y de la plaza. ¡Vanidad, vanidad!, dicen las casas. ¡Egoísmo, miseria!, replican los hombres de la calle. ¡Egoísmo, miseria!... ¡y es verdad!... Lo más noble de la vida humana, arte y ciencia, patria y trabajo, moral y religión, pertenece a la plaza y á la calle. Pero cuando se dice: ¡vanidad, vanidad!, no se incurre tampoco en error.

El culto de los héroes y el deseo de ser uno de ellos es pura vanidad. A los héroes los destruyen sus obras; á Homero, Aquiles; á Cervantes le matará *D. Quijote*. Los héroes se destruyen por contraposición: al de la opulencia, el de la caridad; al guerrero, el humano.

Se destruyen igualmente por yuxtaposición: ya no se limita nuestro culto á los de la familia, los del pueblo ó los de la nación; honramos á los de la humanidad. Todos acuden á esta concurrencia é influyen en nosotros.

Adoramos á cien poetas, cien guerreros, cien inventores... ¿qué importa un nombre más?... ¿recordará nadie la lista completa?... Y finalmente, á los héroes los destruye la crítica. Son como esas ciudades y esos monumentos y esos hombres que fingen desde lejos las crestas de rocas. Os acercáis y desaparecen.

La gloria es vanidad. Pero la vanidad no es sentimiento condenable. A los ojos de los astros parecerá inútil y mezquina la elevación de una columna de humo ó un globo de espuma de jabón; á nuestros ojos de hombres pegados á la tierra, su ascensión es un ideal.

Así la vanidad. Las almas verdaderamente nobles no necesitan el estímulo de la gloria para hacerse útiles á los demás. Saben serlo en silencio, porque dentro de sí, y no fuera, encuentran móviles á su conducta generosa.

Por ahora no ha de exigirse que sean así todas las almas.

En el fondo de nuestro ser sólo anidan los bajos instintos que nos legó la historia: el de conservarse y el de reproducirse. El deseo de gloria, la vanidad, es ya sentimiento tocado de

altruismo, pues si bien se refiere solamente á nosotros, nos hace pensar en los demás, inclinandonos á vivir en su memoria.

Parte de un reconocimiento de los otros, entraña un comienzo de amor, es, cuando menos, un saludo al prójimo. Es, desde luego, superior á la ambición, deseo de un gran puesto, que es instinto de dominio, como el instinto de dominio es superior al afán de bienestar, que como este móvil, que ya supone cierto refinamiento en los sentidos, es superior al miedo, estímulo que compartía con las bestias el hombre primitivo.

La moral es eterno devenir, evolución interminable. Del miedo surgió la codicia, de la codicia la ambición, de la ambición el honor, el culto de los héroes, llámese gloria, heroísmo—todo vanidad.—Pero no maldigamos de la vanidad, del honor. El deber, estímulo cardinal en la sociedad de nuestros nietos, necesita hoy por hoy los andadores de la gloria. Es su hijo: ya se emancipará.

RAMIRO DE MAEZTU.

EL GLOBO

En el rol presentado (hace más de cuarenta años) al comandante del puerto de la Habana por el capitán del bergantín *Relámpago*, y en el cuaderno de bitácora correspondiente, consta una singladura, en la cual se lee:

«Amanecemos con cielo y horizontes despejados, viento fresco del ESE., marejada del mismo y rumbo al O3O, navegando en 12 cuartas con todo el aparejo largo, excepto los jua-netes y sobres, que hubo que cargar y aferrar cuatro horas antes, por haber refrescado el viento.

A eso de las ocho de la mañana, y hallándonos á unas 150 millas de la costa entre los paralelos 35° y 31° latitud Norte, canó el tope que por la amura de babor se divisaba á sotavento un globo aerostático, que descendía rápidamente hacia el mar.

Los anteojos nos permitieron ver que el aeronauta estaba en la barquilla, la cual rozaba las olas pocos momentos después.

La barquilla, que luego resultó estar formada por un enrejado muy fuerte de mimbres, revestidos de los colores nacionales, se llenó de agua, y sumergida casi por completo, funcionaba como potente freno, retardando la marcha del globo.

El bergantín hizo por él; y en el acto empezó la regata más original que se ha visto en el mundo: la de un globo huyendo de un bergantín, y la de un bergantín dándole caza.

El globo perdía hidrógeno visiblemente pues á la media hora de corrida, no pudiendo ya sostener el peso de su envoltura, tocó en el agua y siguió á flote huyendo del bergantín, mas retardando de tal modo su velocidad, que el buque cazador pudo casi atracarse á él.

Nuestra sorpresa entonces fué extraordinaria, porque pudimos observar que el aeronauta era una mujer enteramente desnuda y de rarísima belleza; una Venus saliendo del mar.

—¡Un vestido! ¡Por Dios, que estoy desnuda!—dijo con voz casi apagada, cuando yo me acercaba en el bote á recogerla.

Con sábanas que hice bajar de á bordo quedó luego cubierta aquella incomparable desnudez, teniendo yo que hacerlo así por mí mismo, pues ella podía valerse apenas, á causa de tener atravesados los antebrazos, cada uno por dos enormes puñaladas, además de otra herida en un hombro y varias cortaduras en el pecho.

Con gran respeto y hondísima lástima la trasladamos á bordo y la instalamos mejor que se pudo en la cámara del bergantín. Pero no bien se halló en el improvisado lecho y me hubo dado las gracias, perdió el conocimiento. Yo acudí inmediatamente á curarle las heridas, y una hora más tarde volvió en sí, pero con una debilidad extrema. Tomó algún alimento, y á poco empezó á delirar.

¿Cómo aquella mujer (ó aquella Venus) se encontraba á más de 150 millas de la costa? ¿Quién era? ¿Quién la había herido? Pues, por la dirección de las heridas, bien se dejaba ver que no se trataba de un intento de suicidio.

Todos los de á bordo nos hacíamos las anteriores preguntas.

Un sueño reparador pareció volverla á la vida y al uso de sus facultades; pues al anoche-cer, con voz muy débil y con grandes interrupciones, que á veces terminaban en síncope, me dijo lo siguiente:

—Capitán: yo me muero... De estas heridas ha manado mucha sangre y me siento desfallecer. Pero esto es lo de menos: lo que me mata es la agonía en que he pasado veinte horas seguidas, hasta que usted me salvó... Soy francesa, y si hablo corrientemente el español, es porque mi madre es gaditana... Yo me llamo Rosa Dulong y López... Mi padre fué el famoso aeronauta Dulong, que había hecho más de cien ascensiones, casi todas con gran felicidad. En mi casa no había lujo, pero sí bastante holgura. Contento no había, porque mi madre estaba temiendo siempre una catástrofe, no sólo por mi padre, sino también por mí, pues mi padre hizo que yo lo acompañase en varias ascensiones, con lo cual pude aprender el manejo de los globos.

En las dos últimas estuvo mi padre muy desgraciado: en ellas se le destrozaron los globos; y para reponerlos, tuvo que acudir á los ahorros que en casa había. En la última ascensión gastó cuanto quedaba. Salió de los Campos Eliseos de París, precisamente hoy hace tres años; subió á gran altura, lo vimos perderse entre las nubes... y jamás hemos vuelto á saber de él.

El hambre entró en mi casa, y no contando ya con recursos, entré al servicio de una compañía de acróbatas que da espectáculos en cir-cos ecuestres y en las plazas de toros de España. He hecho tres ascensiones con felicidad, y mi madre y yo hemos podido vivir. La compañía trabaja ahora en la feria de Sevilla, y ayer, cuando yo, en la pradera de San Sebastián, estaba á punto de embarcarme en el globo, se me acercó una señora muy bien vestida, quien me dijo muy de quedo:

—Aeronauta, si me admities en tu barquilla, te doy mil duros. Tómalos.

Y me alargó una bolsa llena de oro.

—Madre, ¡mil duros! toma, y arroja el hambre flaca de nuestro hogar.

Enseguida entramos en la barquilla, soltaron las anarras y nos elevamos rápidamente por los aires.

La pasajeta se veía huir de la tierra con una alegría que casi rayaba en frenesí.

—¡Bendita seas, aeronauta! ¿Cómo te llamas? Yo quiero que nos hablemos de tí. ¡Qué gozo tan grande el mío al huir de la tierra! ¿Cómo te llamas? ¡Dimelol!

—Rosa.

—Pues yo me llamo Dolores, nombre que me cuadra perfectamente, porque yo soy el dolor de los dolores. ¿Cómo nos alejamos! ¡Qué diminutos aparecen los objetos! ¡Qué chicas las torres de las iglesias. ¿Cómo se angosta el Guadalquivir!

—Es que subimos mucho.

—Y ¿en qué lo conoces, Rosa?

—En lo que baja el mercurio en este barómetro. ¿Quiere usted que subamos más?

—¡Que sí quiero!

Y tomé un saquito de lastre, vacié la arena en la atmósfera, y el mercurio empezó á descender nuevamente.

Dolores se sentó en la barquilla, y mirando la columna barométrica, exclamó:

—Esta es la imagen de mi desdichado amor. Mientras más ascendía la pasión en mí, más bajaba en aquel hombre, de hielo para mí, el poco afecto que llegué á inspirarle.

Y Dolores lloraba taciturna...

El viento soplabá del Nordeste con violencia, y yo temí llegar á orillas del Atlántico antes de que cerrara la noche, por lo cual anuncié á Dolores que era preciso descender.

—¿Bajar á la tierra? ¡Ni que lo pienses! ¡Yo no vuelvo más á la tierra! Nunca. Mira, Rosa—me dijo muy despacio:—las sospechas, como serpientes enroscadas á mi cuello, me estaban ahogando. Porque yo tuve celos. ¿Sabes tú lo que son celos? Y dí en seguirle, ¿sabes? Y al fin lo ví con ella, ¡con ella! En su casa de campo. Y como loca me eché sobre él, y de un solo golpe en el corazón le quité la vida. Mira, Rosa: este es el puñal de mi venganza.

Y Dolores empezó a esgrimir como loca aquel arma homicida.

—La justicia me persigue; y por eso me vine huyendo a Sevilla; y por eso también, al ver que ibas a elevarte por los aires, me embarqué contigo, para huir de la tierra: para huir hasta donde nadie me persiga; porque has de saber que donde quiera que yo volvía en Córdoba los ojos, allí lo veía yo a lo lejos, como un espectro que venía por mí. ¡Volver a la tierra! ¡Nunca, nunca!

—Pero, Dolores...

—¡Ni una palabra más! ¡Y ¡ay de tí si intentas descender!

Y la loca se levantó como una furia, amenazándome con el puñal.

—Ascendamos más, más....

Y cogió dos saquitos de arena y los lanzó fuera de la barquilla.

—¡Como baja el mercurio!

Y aquella loca, con el puñal siempre en la mano, se sentó frente a mí, y me dijo por última palabra aquella tarde:

—¡Como te muevas, te mato!

Cerró la noche. Sin luna, sin más luz que la de las estrellas. ¡Qué angustia! Yo sentía que estábamos ya sobre el Océano, por la humedad de la atmósfera salina. Y no me atrevía a moverme; porque con mucha frecuencia interrumpía el solemne silencio de aquella noche de tormento la fatídica voz de la loca:

—¡Rosa, como te muevas, te mato!

Y esto una vez, y otra... y otras mil, hasta el amanecer. ¿Concibe usted, capitán, una noche de más horrendo martirio?

Un síncope mayor que los demás interrumpió esta espantosa narración.

Horas después Rosa dijo:

—Al alba, cuando ya había bastante luz, la loca miró al barómetro y notó que el mercurio había subido y nosotros bajado; fenómeno muy natural, por haberse contraído el hidrógeno del globo con el frío de la noche. Notar Dolores que habíamos descendido y ponerse furiosamente a arrojar cuanto lastre había en la barquilla, todo fué uno. Y enseguida, esgrimiendo el puñal cerca de mi pecho, hizo que me desnudara y que tirase al mar todos mis vestidos. El globo, naturalmente, ascendió de nuevo, y ella, satisfecha al parecer, volvió a sentarse junto al barómetro. Pero habiendo observado, cuando atravesábamos una capa de aire frío, que el mercurio subía nuevamente, me dijo con la mayor crueldad:

—Rosa, es preciso que te tires al agua. ¡Inmediatamente! Tu peso me impide subir. Yo no quiero volver abajo. Y si no te tiras por tu propia voluntad, te mato, y enseguida te arrojo yo.

Y sin más, aquella mujer demente, en el frenesí más furibundo, se arrojó sobre mí, puñal en mano. Yo la sujeté por las muñecas, pero no pude impedir que me causara todas las heridas que usted ha visto, ni que al fin, después de tan tremenda lucha en medio de los aires, se desprendiese completamente de mí.

Entonces, viéndome libre, me asesté, frenética, al pecho un golpe tremebundo que, sin embargo, yo pude esquivar con un movimiento veloz como el relámpago. Y fué tanta la rabia con que me dirigí el golpe, que el puñal se clavó en el enrejado de mimbres de la barquilla, donde quedó tan sujeto, que la loca no pudo sacarlo fácilmente.

Al punto, para hacer más fuerza, apoyó el pie derecho en uno de los huecos del enrejado, hizo allí hincapié, y tiró con tal violencia, que cayó hacia atrás sobre la borda de la barquilla, y perdiendo el equilibrio volteó sobre tan estrecho sostén, y... ¡horror de los horrores!, puñal en mano se precipitó aquel demonio en el espacio, desde una altura de más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

La subida del globo al perder de repente tanta carga, fué espantosa, por más que yo inmediatamente abrí las válvulas de escape, para dejar salir el hidrógeno en la mayor cantidad posible. Pero desde que volví a la anterior altura de dos mil metros, se inició, contra mi voluntad, un constante descenso, cada vez más rápido, sin duda por haberse producido alguna grieta en el barniz de la envoltura.

Lo demás, capitán, es conocido de usted. Yo me muero. Me muero de horror, de una angustia indefinible.... ¡Pobre madre mía! ¡Pobre madre mía!

Capitán: sólo me queda un favor que pedir a usted: que le escriba, cuanto antes le sea posible, noticiándole mi triste fin.

La aeronauta calló. Volvió a delirar con una fiebre altísima, y aquella misma noche dejó de existir.

Al amanecer le dimos sepulcro entre las olas impasibles del mar.

E. BENOT.

De actualidad

En el Senado Bush lamenta lo ocurrido con el crucero *Carden*.

Censura a las autoridades que lo reservaron. Pregunta si a fin de Junio podrá navegar.

Del *Extremadura* pregunta si navegará en primero de Junio.

Lamentase de que el *Lepanto* permanezca fondeado en Cartagena, debiendo hallarse navegando.

Veragua explica las razones técnicas que obligaron a variar la quilla del *Cisneros*.

El *Extremadura* navegará en primero de Junio.

En el *Lepanto* hácese reparaciones que terminarán pronto.

Varios senadores reproducen proposiciones.

López Domínguez y Collantes adhiérense a las censuras de Toca, y anuncian que discutirán la crisis con amplitud.

Contéstales Veragua disculpando al Gobierno y afirmando que asistirá mañana.

Constituyése la comisión de actas, nombrando presidente Inclán, vicepresidente a Alix y secretario a Francos.

Dictaminaron en sentido favorable a las actas de Cabuerniga, y dos de Málaga.

Silvela acordó plantear el debate político, y tratará de que hable Romero.

La minoría republicana reunióse, y acordó intervenir en el debate y hacer viajes de propaganda.

Marengo y Melquiades irán a Cádiz del 17 al 20.

Londres: oficial: una columna inglesa tuvo encuentro a orillas del río Hart con fuerzas de Delarey y Rem.

En violento combate los boers fueron rechazados, y batiéronse en retirada.

Las bajas de los ingleses fueron numerosas. Los destacamentos de fusileros todos fueron muertos o heridos.

En aguas de San Sebastián chocaron los vapores *Urdaneta* y *Elcano*.

Este quedó partido y echado a pique. El *Urdaneta* sufrió averías.

Tres tripulantes muertos aplastados.

Silvela conferenció con Romero y Tetuán respecto del debate político.

Ambos insistieron en mantenerse a la expectativa hasta ver el giro de la discusión.

Dicen de la Coruña que en las obras de teatro del Circo, rompióse un andamio, quedando un obrero muerto, dos agonizantes y cuatro graves.

Doriga y Rodríguez conferenciaron sobre la cuestión fiduciaria.

En las gestiones para que figuren en la comisión del nuevo proyecto los individuos de la anterior, se ha logrado que acepten dos.

Circula el rumor de que algún diputado quiere reproducir el proyecto de Urzáiz.

El Gobierno está dispuesto a impedirlo.

El *Correo* aplaude la actitud de las oposiciones respecto del debate político.

Dice que señala una reforma saludable en las costumbres políticas y la opinión la agradecerá.

Weyler ha dispuesto que desfilen mañana por la tarde frente al palacio del Senado dos regimientos de artillería dotados de los nuevos cañones de tiro rápido.

En la conferencia de Doriga con Rodríguez, aquél dijo que, según los puntos conocidos, el Banco rechazaba el nuevo proyecto y se opondría por todos los medios.

Madrid: En la calle de Cabestreros se ha cometido un horrible crimen.

Un zapatero mató a su esposa dándole 23 puñaladas.

Ferrol: el lunes espérase a la escuadra inglesa que maniobrará a la salida de la Coruña.

Es probable que el crucero *Victoria* se encargue de recoger en Marruecos a la embajada que viene para la coronación del Rey.

Se ha agravado Fernanfior.

A Tánger llegó el delegado del sultán para convenir la instalación de un lazareto en Punta Malata con destino a los peregrinos de la Meca y construir muelles, almacenes y puerto.

Llegaron a un acuerdo Rusia y China en la cuestión de la Mandchuria.

En el plazo de 18 meses lo abandonarán los rusos.

Dícese que Italia gestiona la paz del Transvaal.

Un incendio en Nueva York ha destruido tres manzanas de casas: seis personas abrasadas: dos millones de pesos de pérdidas.

Témese que haya desórdenes en Francia el 1.º de Mayo.

Millares de obreros de Tunel del Simplon amenazan con huelga sino se aumenta los jornales y se les disminuye las horas de trabajos.

Hé aquí algunos detalles del decreto sobre premios escolares con motivo de la coronación del rey.

Matrículas gratuitas a alumnos pobres con buena notas en los expedientes.

Una en cada doctorado, dos en las licenciatura y uno en cada escuela profesional.

Cuatro en los Institutos de capitales de distritos universitarios.

Dos en cada uno de los demás Institutos.

Premios extraordinarios de matrículas gratuitas.

Un diploma honorífico en cada escuela pública al alumno que más se distinga en los exámenes.

Por gracia especial, sin crear precedente exámenes a los que les falten una asignatura.

Lo solicitarán en la primera decena de Septiembre, y en el resto del mes, según los exámenes.

RECUERDOS DE LA FERIA DE SEVILLA

I

En las buñolerías:

—Ven acá, güen moso, que a esos jarmines que van contigo les gustan mucho los guñuelos. Entra y mércales media librita por tu salud.

—Vamos de prisa ahora.

—Pero si media librita se despacha en un minuto. Anda, salao, que te estoy conociendo ea los ojijos que qués entrá.

—Suéltame, suéltame. A la vuelta entraremos.

—No seas asina, mentiroso. Y tú, reina er mundo, ven acá también y no le jagas señas pa que se vaya. Míale la que prueba mis guñuelos se casa en el año.

—Si no nos queremos casar; si somos hermanos. Déjanos.

—¡Qué vais a sé, si se estáis comiendo con los ojos! Apaño eres tú, que la traes dislocá con ese bigotillo de hule.

—¡Ja, ja, ja, jal...

—Míala como se ríe. ¿No es verdá, morena, que te gustan mucho los guñuelos?... No lo mires a é, que tiempo tienes; mírame a mí, que aunque fea no jago daño. Vaya, se acabó: pa dentro tós sinco.

—Luego, luego....

—Señora, no gruña usted así, que usted también ha sido joven y ha como guñuelos con er novio. Y que ha tenido usted unos quince que quitaban las penas.... Ea, no pensar lo más, que se uais a derretir los sesos. Tú, Catalina, ponles aquí media librita a este manajo é rosas y claveles con rabo y tó.... Pero, mala puñalá me den, ¿echáis a jué? ¿Se vais sin probá mis guñuelos?

—Sí; no queremos reventar hasta después de feria.

—Míe el otro, que paese er San Juan de la Palma después de la quemaura.

—Andá, déjalos di, Remedios, que hase un mes que no comen caliente y han criado jaramagos en la barriga.

—Tú, cara é catre, asujeta a ese banquero que yevas contigo, que se va arruiná comprándote guñuelos.

—¡Adiós, fiera!

—¡Adiós, Alfonso XIII!

II

En la feria de ganados:

—No, señó; es que ya se me ha picao a mí el amor propio, y vi yo a tené una pena muy grande si usted no entra por el Arahá dándose tono con la jaca.

—Y me figuro yo la entrá; compadre; los barcones asin, las puertas asín, y tó er mundo con la boca abierta viendo ar señó en su jaca.

—Pos er señó no da por la jaca más que lo que ha dicho.

—Pero escuche usted: ¿es que quíe usted llevá la Giralda é Seviya por lo que vale er campionario del Arahá? Mire despasio la jaca.

—¿Usted ha visto biena trotá a la jaca?

—¿Usted ha reparao cómo *vema* la jaca?

—Sidoriyo, amóntate y já trotá a la jaca.

—Señó, si me sé de memoria la jaca. Sobre que yo no voy a dí a toas partes en trote.

—Pero si er trote es lo peó que tiene, guason.

—¡Como me lo apondera usted tantol!

—Pos carcélese usted cómo será er paso y er galope.

—Güeno; lo dicho, dicho: ¿hase?

—¿Ande va usted, señó? A nosotros no nos venga usted con comedias; porque si echa usted dos pasos más pa las casiyas é los juguetes,

güerve usted y le petmos dos mil reales más por jaca.

—Y se los da a ustedes er Sar de Rusia, ¿hase ó no hase?

—Señó, vamos a discutirlo. No se vaya tan aprisa, que no hay fuego.

—Es que tengo yo mucho que corré toavía.

—Pos mar tiro me den; ¿tiene usted más que dirse amontao en la jaca, y corre usted más que er tranvía eléctrico?

—Güeno está: veo que no quíen ustedes vé de.... Con Dios, señores.

—Oye, Fernando, ¿lo dejamos di?

—Sí, porque güerve. Lo ha farsinao la jaca.

III

En la casilla particular número 19.

—Diga usted, María Luisa: su reja de usted, ¿qué calle da?

—A la calle de *Sal si puedes*.

—Esa calle no existe; le han cambiado nombre.

—No lo sabía. Todos los días se aprende alguna cosa.

—La reja de usted será de oro.

—Ay, no señor; la hubieran descubiertos monederos falsos.

—Pues si no lo es, merecía serlo.

—¿Por qué?

—Porque para que usted se asome....

—Si yo no me asomo a la reja.

—¿Nunca?

—Hombre, cuando pasan los títeres se asomo.

—¿De modo que hace falta ser titiritero?

—Caballito. Y si no titiritero, algo que llame la atención.

—Entonces, mañana voy a pasar con un traje blanco.

—Los osos ya no llaman la atención; ¿no ve usted que los vemos todos los días?

—Sí, pero como pienso pasar de noche.

—Lo siento, porque de noche no salgo a la reja. Les tengo mucho miedo a los ladrones.

—¿Y el sereno?

—El sereno no sé si lo tendrá.

—María Luisa, dígame usted lo que voy a hablarle en serio.

—¡Ah! ¿pero lo de antes ha sido bromal?

—Tengo mucho que hablar con usted.

—Ya lo veo, no pierde usted ocasión de verme algo....

—Es que ha de ser a solas.

—Si quiere usted que nos vayamos a la *sarela*.... Lo que es por arriba no pasan más que los gorriones.

—¿Qué burlona es usted!

—¡Ay, por Dios, no ponga usted esos ojos tan tiernos, que se están riendo las niñas de Capos!

—Que se ríen.... Yo lo que quiero es que usted me oiga.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues que sea enhorabuena. Porque le voy oyendo a usted desde las ocho y cuarto, y son las once.

—Tengo que decirle a usted tantas cosas tantas....

—¿Sí? Pues deje usted que pasen esos días.

—¿Por qué?

—Porque no me fio de las conversaciones de feria.

S. Y. J. ALVAREZ QUINTERO.

Noticias locales

AYUNTAMIENTO

La sesión celebrada ayer por la Corporación municipal fué presidida por el señor Héctor.

Se leyeron varias comunicaciones y se tomaron los acuerdos siguientes: el señor Jimeno habló para que se acordase la reforma de legalizar el pago de haberes a un practicante y un mozo de casa de socorro, que desde el tiempo fueron declarados excedentes, acordándose que la comisión de Hacienda resuelva lo pertinente al caso.

Se dió lectura al expediente instruido para depurar, de modo concluyente, la liquidación con la empresa de aguas, por lo consumido riego de paseos, ronda y jardines, durante el terminado tiempo, acordándose manifestar a la compañía inglesa, que está en el deber de justificar la cuenta si quiere hacer efectiva la cantidad que el Ayuntamiento ha de satisfacerle por dicho servicio.

También se acordó consignar en el presupuesto el agradecimiento de la corporación por el interés que en este asunto ha demostrado la prensa.

El señor Juliá manifiesta al cabildo su satisfacción por la inacción de la comisión encargada de reformar la plantilla del personal de secretaría.

El señor Jimeno de Ramón dice que se reúne porque los concejales que la forman...